

GACETA DEL GOBIERNO DE PUERTO-RICO.

DEL MARTES 22 DE AGOSTO DE 1837.

ARTICULO DE OFICIO.

EXPOSICION A S. M. LA REINA GOBERNADORA.

SEÑORA:

Inútil fuera exponer á la alta penetracion de V. M. el cúmulo de errores que de antiguo pervertian nuestra vastísima legislacion de montes, ni la audaz tiranía con que procedieron los encargados de su ejecucion. Confundiase la propiedad particular con las pertenencias del Estado ó de los pueblos; confundíase tambien la opresion con el deber de proteger, y con el de vigilar la mas páfida y maliciosa suspicacia. En vano desde el siglo XV dedicaron nuestros Monarcas sus desvelos, su incansable solicitud á la conservacion y fomento de arbolados: las mejores y mas sanas intenciones se estrellaron siempre contra la ignorancia de los principios en que las leyes del ramo debian fundarse y contra la venalidad, amaños y cohechos de agentes subalternos, cuyas demasías, ya que no autorizaba, al menos toleraba la política de aquellos tiempos. Privilegios para minas, fundiciones, individuos y corporaciones; privilegios para la Real cabana, conductores de azogues y de sales, pastores y mesteros; privilegios para los grandes; privilegios para empleados eclesiásticos y militares; fueros personales y jurisdicciones privilegiadas. Tal era el estado de cosas consagrado por la ordenanza de 1748, y disposiciones anteriores y posteriores, cuando las Cortes generales y extraordinarias, en su memorable decreto de 14 de Enero de 1812, sancionaron la abolicion de intolerables abusos; extinguiendo la conservaduría general, las subdelegaciones y juzgados con todos sus dependientes. La ordenanza de 1808, formada con arreglo á la máxima infalible de no oponer obstáculos al interés individual, apenas pudo ser ensayada; otras mejoras parciales habian sido anteriormente verificadas, pero tan imperfectas y efímeras que no llegaron á producir resultados.

Por desgracia nada substituyeron las Cortes á lo malo que existia. La propiedad particular quedó, como debía, libre de trabas, y entregada de una manera absoluta al interés del poseedor; pero la del Estado abandonada á sí misma, sin direccion y sin amparo, se vió expuesta á un saqueo general á que tal vez excitaban, además de la codicia, profundos y heredados resentimientos. Era preciso haber reemplazado con algo la administracion viciosa y corrompida, ya que las circunstancias no permitiesen establecer desde luego otra administracion económica, inteligente y próbida.

Tampoco parece del caso, Señora, reproducir las diferentes variaciones que sufrió el régimen de los montes desde 1812 hasta fines de 32. Claro está que en las diversas épocas debió resentirse de la diferente índole de los Gobiernos que alternativamente dominaron. Solo la ordenanza de 1833 merece un ligero exámen. Reconociábase en ella, aunque no con la debida laütud, la mayor parte de los verdaderos principios: dábanse disposiciones, y estableciábase reglas sumamente convenientes y equitativas: títulos enteros pudieran conservarse con algunas enmiendas ó reformas parciales, pero desprovista de los reglamentos indispensables que debieron coexistir con su publicacion, cómo era posible llevarla á efecto? En ninguna parte ha sido completamente aplicada, y de consiguiente, en su nulidad no ha debido producir ni males ni beneficios. Ni aun fueron siquiera nombrados los comisarios de distrito, los administradores, agrimensores, guarda-mayores y guardas que en ella se establecian.

En esto el decreto de las Cortes de 18 de Noviembre último hizo la declaracion solemne de quedar los arbolados de realengo bajo la direccion y administracion del Gobierno; pero dejando el vacío

que queda indicado y que sin duda se proponen llenar con la redaccion de un código completo de montes: de un código en que no se confundan las disposiciones legislativas con las medidas de ejecucion; de un código que se limite á consagrar principios, á establecer reglas generales para la conservacion y enagenacion de los montes del Estado, de ciertas corporaciones y de establecimientos públicos: á decidir acerca del interés particular cuando se halla en oposicion ó en contacto con el de la universalidad ó de otros particulares: á hacer prohibiciones, pronunciar penas, fijar indemnizaciones y explicar los procedimientos legales en los juicios. A que deberá seguir una instruccion en que minuciosamente se exprese el régimen, gobierno y administracion interior de los montes nacionales: el modo y forma de su explotacion y beneficio: la ocupacion, servicio, conocimientos especiales, número, distribucion, clase y distintivos de los empleados y agentes.

Pero, Señora, en tanto que se preparan trabajos de semejante gravedad, y que las Cortes puedan ocuparse de ellos, se hace indispensable el ocurrir á las necesidades del dia por providencias transitorias, que basten para lograr los fines, y que pongan á cubierto la responsabilidad del Gobierno de V. M. Estas necesidades urgentes son las de defender los montes nacionales, los arbolados llamados de realengo, del horroroso destrozo que estan sufriendo, que bien pronto acarrearía su ruina total, su desaparicion completa del suelo; al paso que su explotacion bien combinada es una necesidad imperiosa del Estado para las construcciones navales y civiles, y para los usos de casi todas las industrias: y su sola existencia muy útil á la ganadería, á la agricultura y á la salud del hombre por las influencias benéficas que ejerce sobre la atmósfera. A la armonía constante que reina entre los grandes vegetales y las revoluciones meteóricas se debe en gran parte la fecundidad de la tierra, la benignidad de ciertos climas y el alimento de manantiales, y con ellos el aumento y bienestar de las poblaciones.

La falta de datos estadísticos impide conocer de una manera completamente exacta la magnitud de tan preciosa hacienda: pero guiado por cálculos aproximados, en que no solo se ha huido de exageraciones que pudieran parecer interesadas, sino que se han reducido al minimum posible, tengo la seguridad moral de que los montes serán algun dia una de las mas pingües rentas del Estado. Los cuatro millones de fanegas de tierra pobladas de árboles de realengo, deben producir desde luego 24 millones de reales anuales líquidos, con solo las talas de cada 20 años, las yerbas y la montanera de cada uno; sin contar la leña y maderas menudas, y sin tener en consideracion lo que necesariamente rinden las limpias, entresacas y clareos, las cortezas para curtidos, corchos, pez, resina y otros infinitos aprovechamientos. ¡Y abandonaríamos tan inagotable tesoro! Aun hay mas: sobre los montes, cualquiera que sea su clase ó denominacion, no tenemos los vivientes mas derecho que el de un discreto y económico usufructo, conservando la propiedad á las generaciones futuras, y atendiendo á que son necesarios 100 ó 150 años para obtener de un árbol una viga de lagar, un palo de navío, ó una trabe para la construccion de un templo.

No parecen creíbles, Señora, las relaciones oficiales, aunque demasiado ciertas, que de todas partes llegan. Varios comandantes de marina, subdelegados y jueces de primera instancia anuncian haber quedado reducidos á yermos, extensos y ricos montes. Algunos ayuntamientos se han propasado á hacer por sí talas de millares de árboles sin reponer uno solo; otros, por un efímero pasto, acabaron con los verdoros nacientes; otros conceden sin cuento licencias intempestivas, y otros en fin desobedecen con reprehensible osadía las órdenes superiores hasta declararse únicos administradores de los baldíos y realengos, como si fuesen propios de los pueblos ó de sus